

TEMA DEL MES

IV Centenario del Quijote

LA CELEBRACIÓN del IV Centenario del Quijote y el 23 de abril del Día del Libro, en homenaje a la fecha de la muerte de Miguel de Cervantes, son argumentos más que suficientes como para que en TE dediquemos unas páginas al libro más universal de las letras hispanas. Como toda ocasión siempre será buena para animar a los lectores a zambullirse en las páginas del Quijote o a abrir la novela por cualquiera de sus capítulos, esperamos que las colaboraciones que publicamos en las páginas siguientes puedan servir con creces a este más que sano propósito. Pero tan importante como eso es que, a través de las reflexiones que nos plantean sus autores, inspiradas por la novela de Cervantes, nos convenzamos de que una de las claves principales para la mejora de la calidad del sistema educativo pasa por el fomento del hábito de lectura en los alumnos.

Cuqui Vera Belmonte
Secretaría de Comunicación de la FECC.OO.

Un Quijote

Hemos de poder hablar de un libro sin conocer nada más de él que lo que en él se nos cuenta, se nos propone, se nos sugiere. Todos los libros, por flanqueados que lleguen a nosotros con sus corchetes críticos, sociales o históricos, deberían franquearnos la entrada a lo más recóndito de sus estancias sólo con los pasos de nuestra sensibilidad y cultura, y cuantas menos aduanas nos estorben, tanto más hablará ese libro de su propia bondad, de su mismo secreto, ya que no hay alma que no tenga el suyo, y un libro es un alma.

Andrés Trapiello
Poeta, novelista y ensayista

NATURALMENTE, la mayor parte de los lectores de la Biblia no son exégetas ni conocen el sentido teológico o simbólico de muchas de sus páginas y no creo que haya más de uno por cada diez millones de lectores que pueda leerla en sus lenguas originales con todos sus golosos matices. Y sin embargo, miles, cientos de millones de hombres de toda laya durante siglos, superiores y vulgares, virtuosos o pecadores, en el cadalso o en el pacífico rincón de un monasterio, han encontrado en sus páginas confortación, consuelo, enseñanzas y, en cierto modo, una respuesta para todo lo que nos atribula a los mortales. Podría decirse otro tanto del Quijote, que es a los libros paganos lo que la Biblia a los sagrados, si acaso no es él el libro sagrado por antonomasia, por cómo no salva a todos de la realidad, después de haber salvado a la realidad misma. No hace falta ser cervantista, y a menudo es mejor no

serlo, para comprender mucho de lo que en ese libro se nos dice, que viene a darnos cumplimiento de las ansias que nos llevan a él.

Hace años alguien me pidió que presentara una Biblia para niños, decorada con estampas ingenuas, como si fuese un libro que acababa de escribirse y necesitara una presentación, y así lo hice, considerando que el mundo empieza siempre en nosotros, y que somos nosotros quienes hemos de dar una explicación a todos los fenómenos, novedosos o viejos como el mundo mismo.

Hace unas semanas se me pidió también que presentara el Quijote, en una edición ilustrada y arropada en dineros municipales. Por suerte no me tocó a mí hablar de las ilustraciones, como tampoco tuve que ocuparme de las ilustraciones de aquella Biblia, de modo que pude, una vez más, abordar una cuestión que para mí ha sido primordial todos estos años: saber hasta qué punto siguen vivos los libros. ¿No se nos mueren a menudo grandes obras? ¿Al dejar de leerlas no se nos agostan? ¿Cuántos libros que sabemos mediocres se llevan un tiempo de lectura que no se lo damos a la relectura de otros que tenemos por fundamentales, extraordinarios, fundadores de aquello que somos?

Lo normal es que uno, por modestia, se negara a presentar un libro como el Quijote, por lo mismo que aquel discípulo no se consideraba digno de atar la sandalia de su maestro, el Nazareno.

Por suerte asistimos al acto únicamente mi compañero de terna, Juan Manuel Bonet, el alcalde de Madrid, su tenientesa de alcalde, alcaldable ella misma decían (sin fundamento, como pudo saberse), y media docena de pacientes funcionarios, reclutados como claqué, entre los que hacían bulto dos guardias y un macero, vestidos de paisano para la ocasión. Resultaba todo tan humano que a nadie extrañó que empezase hablando de la Biblia, tratándose del Quijote, del Ayuntamiento de Madrid y de las empresas descabelladas.

Porque en cierto modo es el Quijote, para un español, su libro sagrado, aquel en el que viene a resumirse todo lo mejor de sí mismo, todo lo que le hace superior sin dejar de ser humano

Llevé hasta allí esta comparación del libro sagrado por dos razones.

Porque en cierto modo es el Quijote, para un español, su libro sagrado, aquel en el que viene a resumirse todo lo mejor de sí mismo, todo lo que le hace superior sin dejar de ser humano, y porque me acordé de aquel otro día en que alguien me pidió que hablase de la Biblia, como si de ese libro pudiese hablarse como de una novela, siéndolo tanto. Podríamos encontrar, si las buscáramos, muchas similitudes entre ambos libros. Los dos resumen siglos de sabiduría y sentires populares, los dos están recorridos por mil historias asombrosas, ejemplares e instructivas, y en ambos la enseñanza es siempre la misma: el bien es posible, el bien puede llegarse a conocer y el bien nos hace mejores a todos, y haciéndonos mejores, ya que no más felices, al menos más conformes con nuestro propio destino.

No siempre está uno en disposición de hablar del Quijote, tal y como si fuese un libro nuevo, recién salido de su horno, y su autor alguien conocido, propincuo y amistoso. Pero lo cierto es que el libro es hoy más nuevo que ayer, por tener la virtud de algunos minerales, como el mármol, o de ciertos metales, como el bronce, a los que el paso del tiempo hermosea y sutiliza, revistiéndole a uno de mayores dignidades y arrancando del otro más armoniosos, musicales y prolongados matices, y nunca mejor que ahora le viene bien a uno hablar de él, aunque sea con brevedad, porque la casualidad ha querido brindarse cuando

estaba a punto de acabar una de esas lecturas que cada dos o tres años ha de realizar del Quijote todo lector cabal, o sea lector que lea el libro de cabo a rabo.

De modo que bien fresco lo tengo en la memoria y en las impresionables entretelas del alma, lo mismo que ese prodigioso ensayo, sin duda para mi gusto las páginas más certeras y agudas que sobre él y Cervantes se han escrito nunca y que yo, por costumbre, suelo poner de colofón al repaso cervantino. Hablo de las páginas que a tal libro y a tal autor le dedicara su paisano Manuel Azaña.

Nos dice en ellas Azaña, a propósito del Quijote y de Cervantes, que lo actual excluye lo perdurable, por lo mismo que lo contemporáneo es enemigo de lo actual. Compartió Cervantes actualidad con Quevedo, pero no podemos decir que fuese su contemporáneo y muchos de nosotros nos sentimos sin duda más contemporáneos de ese libro que de otros muchos que comparten con nosotros nuestra misma actualidad.

¿Cómo es posible que pueda ocurrir algo así? Fue también Azaña quien nos dijo que no fue la posteridad la que descubrió, encumbró y sancionó esta obra, sino que el mismo don Quijote engendró la suya propia, de la misma manera que todos nosotros hemos de saber quiénes somos, como lo sabía don Quijote, y qué clase de posteridad queremos. Es así como hemos llegado, por voluntad de Cervantes, a ser criaturas cervantinas que le deben su existencia, en lo mejor y peor nuestro y, desde luego, en ese piadoso retrato que Cervantes y su obra hacen de nosotros, que no es otro sino el que hallamos cuando lo leemos.

A tal extremo de agudeza y fortuna le llevaron a Cervantes años de destilación y silencio, de una vida azacaneada y una sensibilidad atentísima a lo que sucedía. Diremos que no hallamos a nadie tan sediento de realidad como Cervantes lo estuvo, realidad que a otros, como Quevedo, parece fermentarles dentro y llevarles, aturdidos por los vapores de ese vino, a proferir enormidades propias del ebrio. En Cervantes la realidad es siempre agua pura, y ya sabemos que sólo el agua quita de veras la sed, cuando la sed es en verdad abrasiva, y una España como aquella o como esta no pasa sobre el alma de nadie sin despellejársela a tiras.

Cómo consiguió Cervantes el milagro de convertir el vino, y aun el terrible, áspero, ácido vinagre español, en agua, es una fórmula que sólo estuvo en sus destilerías, hasta que por aquí apareció Galdós. Azaña lo resumió en esta sola y certerísima frase: llevando la resignación alegre, la piedad sonriente sobre sí propio y el mundo. Pues se ha dicho muchas veces, pero no nos cansaremos de repetirlo, que Cervantes comprende, acepta y se resigna. Y si bien don Quijote no es Cervantes, tampoco sería posible sin él, como pretendía Unamuno, ni a Cervantes le entenderíamos sin don Quijote ni sus extravagancias noveleras, como pretendía Ortega, a quien se le atragantaba toda novelaría. No es ésta una novela perfecta y quizá gracias a ello no hayamos dejado de verla nunca como el organismo vivo que es, más que como cualquiera de esos mecanismos que tanto admiran a la gente. Le sobran páginas, y uno en cambio querría que tuviera otras mil; su estilo, dicen, es descuidado, y uno no lo ha encontrado tan luminoso ni donoso en nadie; contiene evidentes descuidos de redacción, y sin embargo esos son los que nos dan la dimensión de su propia grandeza.

Se diría que está escrita esta historia por sí sola, como el manantial cuyo caudal nos admira, pero cuyo origen, que intuimos y suponemos, ignoramos del todo. Mientras discurre a su final, va tocándonos la fibra, con su risa (nadie se ha reído mejor ni con malicia más inocente ni inocencia más maliciosa en toda nuestra literatura que Cervantes, en un país que no es alegre, como se supone, sino mordaz, cínico y sarcástico, ni cervanticervantino, como se alardea, sino de quededismo grotesco y esperpento) y va también arrancándonos la más íntima certidumbre: que en el tablero de la vida nos jugamos la vida, pero también los

sueños, y que de estos dependerá que demos por ganada la vida, aunque en ella hayamos fracasado.

En Cervantes la realidad es siempre agua pura, ya ya sabemos que sólo el agua quita de veras la sed, cuando la sed es en verdad abrasiva, y una España como aquella o como ésta no pasa sobe el alma de nadie sin despellejársela a tiras

Una vez lo dije hace años. Nadie se engañe. De vivir hoy Cervantes, el primer Premio Cervantes se lo llevaría Lope de Vega. Este alcalde o su equivalente, los académicos, los ministros y todos nosotros correríamos en pos de Lope, desatendiendo a nuestro pobre y solitario hidalgo, a quien dejaríamos con esa fina verdad solo alcanzable en la soledad: sólo al final de una existencia peleada con nobleza hemos de poder decir, como don Quijote, que vamos de retirada, derrotados, pero no vencidos, porque nadie ha nacido tan poderoso que pueda vencernos en nuestros sueños, que son lo divino del hombre. De eso trata este libro. Como se ve, de algo que casi casi nos llevaría a tener que hablar ahora de la Biblia.

Andrés Trapiello es Premio Nacional de Poesía de la Crítica, Premio Nadal 2002 y Premio Fundación Lara 2005 por su obra Al morir Don Quijote